

ELEMENTOS DE LINGUISTICA Y SEMIOTICA

Prof. Carlos Reynoso

carlosreynoso@filo.uba.ar

2007

3. La lingüística norteamericana hasta 1950

- a) El idealismo lingüístico. Antropología y lingüística en la obra de Franz Boas y Edward Sapir. Benjamin Lee Whorf y el relativismo lingüístico. Kenneth Pike, la metodología del Instituto Lingüístico de Verano y el ideal *emic* de la investigación. La tagmémica.
- b) Positivismo y conductismo. La concepción del lenguaje de Leonard Bloomfield. La lingüística sin semántica. Distribucionalismo. Universales del lenguaje.

El Idealismo Lingüístico

Toca describir ahora el contexto lingüístico al cual se aproximó Jakobson cuando comenzó a enseñar y difundir sus teorías en los Estados Unidos. En ese país han habido desde hace décadas dos corrientes irreconciliables en materia de lingüística, y estas dos corrientes habrán de tener un correlato bastante claro en antropología.

La primera de las dos corrientes principales de la lingüística norteamericana hasta 1956 o 1957 (que es cuando surge la gramática generativa transformacional) tiene que ver con una postura explícitamente idealista y humanista; la segunda corriente, en cambio, es afín a una especie de materialismo relacionado con la psicología conductista. Representantes de la primera línea son Boas, Sapir, Whorf y Kenneth Pike. El más importante codificador de la segunda será Leonard Bloomfield y luego Zellig Harris, el maestro de Chomsky. Comenzaré aquí a esbozar los planteos de la corriente idealista de la lingüística norteamericana, los cuales tienen todavía gran influencia y siguen incidiendo sobre todo en la elaboración de aquellas teorías antropológicas que siguen de cerca el desarrollo de la lingüística. Estas corrientes lingüísticas idealistas siempre estuvieron relacionadas con el trabajo antropológico concreto, al punto que es difícil deslindar en muchas de las contribuciones si encuadran en una u otra ciencia. En principio, los cuatro autores que mencionamos de la primera corriente practicaron tanto la lingüística como la antropología.

Franz Boas y el culturalismo

Franz Boas es considerado el fundador de la antropología profesional norteamericana, o por lo menos de la corriente principal de la antropología norteamericana, que sucedió inmediatamente al evolucionismo. La teoría y la práctica lingüística de Franz Boas están vinculadas a la forma en que él concebía el trabajo antropológico. Y también están ligadas al concepto que Boas elaboró de la cultura, como una totalidad integrada y orgánica que solamente podía ser comprendida en sus propios términos. Específicamente, Boas constituye algo así como el fundador de lo que se conoce como el *particularismo* antropológico, que consiste en el postulado de que cada cultura es en cierta

forma una entidad incomparable, o por lo menos difícil de comparar. El sentido de la cultura está dentro de ella misma, y es extremadamente impropio analizarla mediante categorías traídas desde fuera.

Se ha dicho que la orientación básica de Boas era "antiteórica". Lo cierto es que Boas quizá constituya el mejor ejemplo de lo que puede llegar a ser el empirismo en antropología. Boas descolló sobre todo por la elaboración de las etnografías más pormenorizadas que se conozcan, las que constituyen el modelo de la etnografía totalizadora en la antropología norteamericana. Entiéndase aquí como "etnografía" al trabajo de descripción de una cultura, la materia prima para el trabajo antropológico de síntesis. Al prescindir de toda categoría exterior a la cultura, Boas consideraba que la cultura sólo podía comprenderse mediante una descripción equidistante y pareja de todos sus aspectos. Para Boas no había que privilegiar absolutamente ninguna instancia; no había que poner énfasis, por ejemplo, ni en las organizaciones sociales, ni en las instituciones, ni en la base económica, ni en la ideología o en el universo ideológico de la cultura. A todo había que prestar atención y había que tratar de describirlo por completo. Lo más que podía llegar a hacer un antropólogo, según Boas, era una descripción cabal y consistente de una cultura.

En lo que respecta a la concepción boasiana del lenguaje, tenemos prácticamente los mismos postulados. Según Boas, cada lenguaje organiza el conocimiento y la percepción del mundo de una manera que lo hace difícil comparar con otras organizaciones del conocimiento y de la percepción. Si nosotros queremos abordar una lengua indígena, por ejemplo, en términos de sustantivos, pronombres, verbos, género, número, tiempo verbal, etc., (es decir en términos de la gramática tradicional de occidente), encontraremos que esas categorías analíticas no nos brindan una concepción clara de la organización de esta lengua. Cada lengua difiere hasta el punto que las categorías tradicionales de la lingüística no son capaces de reflejarla ni sistematizarla. Para Boas, entonces, había que estudiar cada lenguaje "desde dentro", y también describirlo en su totalidad. La cultura es, para todos los aspectos de la vida (y más que nada en lo que concierne al lenguaje) una especie de elección, única y arbitraria, que la sociedad realiza sobre un abanico infinito de posibilidades.

Boas fue el editor del inmenso *Handbook of American Indian Languages*, en tres tomos que se publicaron entre 1911 y 1938; fue también el fundador del *International Journal of American Linguistics* (IJAL), una de las revistas de lingüística más importantes. Fue maestro tanto de antropólogos como de lingüistas, y para ambas profesiones sentó las bases del trabajo de campo por un lado y de los informes y reportes científicos por el otro. Boas en realidad no realizó trabajo teórico en lingüística, ni sentó los fundamentos de una teoría lingüística exhaustiva o de una metodología; simplemente reflejó conocimientos aborígenes en sus lenguas originales, brindando una traducción *verbatim* (palabra por palabra), y después una explicación más o menos global de lo que decían los distintos elementos textuarios que se recogían, como ser mitos, narraciones de variada naturaleza, e incluso grandes áreas verbalizadas de la cultura, que incluían cosas de lo más heterogéneas, desde refranes a recetas de cocina, transcritos en caracteres del alfabeto fonético internacional. Todos los aspectos verbalizados de la cultura fueron recogidos por Boas minuciosamente; pero sea como fuere, no es él quien elabora lo que va a ser la base teórica del idealismo norteamericano. Lo más cerca que estuvo de ello fue en la elaboración de un conjunto de reglas prácticas orientadoras, un método de trabajo etnográfico, concebido para uso de los antropólogos sin mayor entrenamiento en lingüística.

Edward Sapir y la concepción "psiquiátrica" de la lingüística antropológica

El rol de Edward Sapir en la construcción del idealismo lingüístico es complejo. Si bien escribió una obra inmensa, ésta se encuentra desperdigada en un cúmulo de libros y artículos que no alcanzan a conferirle un cariz sistemático y que recién ahora, varias décadas después de su muerte, se están terminando de editar. De toda su obra (y más allá de su librito más popular, *El Lenguaje*, editado por el Fondo de Cultura Económica) lo más que puede sacarse es una serie de principios que luego serían reafirmados más o menos explícitamente por el movimiento idealista: individualismo metodológico, tendencia al irracionalismo, oposición a la cuantificación, erudición humanista, esteticismo.

En este contexto, "individualismo metodológico" ha de interpretarse como una re-denominación más bien técnica del enfoque que Sapir llamaba "psiquiátrico", y que no era otra cosa que considerar la cultura y la sociedad como proyecciones en grande del psiquismo individual. *Culture* (decían los boasianos) *is individual psychology writ large*: o sea "la cultura es la psicología individual en grande". No por nada Sapir fue uno de los precursores del movimiento de Cultura y Personalidad, la tendencia dominante de la antropología psicológica norteamericana hasta (digamos) fines de la década del 50. El individualismo metodológico es una postura teórica que supone que los colectivos (p.ej. la sociedad, los grupos, las organizaciones) se rigen o se explican por los mismos principios que rigen o explican la conducta de sus unidades componentes.

El irracionalismo de Sapir se traduce como una postura opuesta a la antropología académica, que él consideraba tecnocrática y burocratizada. Su antiacademicismo, que no fue de protesta sino más bien de orden estético, hizo de él una especie de marginal, tesitura que su amigo y discípulo Whorf llevaría al extremo. Whorf ni siquiera fue un antropólogo o un lingüista profesional, y vivía de su empleo como investigador en una compañía de seguros contra incendios. Hay quien afirma que el problema con la antropología de Sapir era más bien estilístico. Zellig Harris alegaba que su modalidad de ciencia era "pre-administrativa", y que no se ajustaba demasiado a las prácticas profesionales de los antropólogos, condicionados por la necesidad de conseguir subsidios y fuentes de financiación, sobre todo en la época de la depresión.

Muchos de los que admiran las ideas de Sapir encuentran dificultoso integrarlas en conceptos y marcos teóricos preexistentes. En sus innumerables artículos, Sapir utilizaba un amplio conjunto de términos sin definir y en forma al parecer indistinta: los mismos conceptos cubren contenidos diferentes, y distintas palabras técnicas se usan como si significaran lo mismo. Ejemplo de ello son vocablos tales como "estructura", "sistema", "complejo", "organización", "forma", "marco" (*framework*), "patrón" (*pattern*), "configuración" y "red" (*network*). Un lingüista, Apresian, opina que por todo esto "la lingüística de Sapir es de una imprecisión asombrosa". La idea de sistema del lenguaje desarrollada por Sapir es asimismo de orden psicológico: más allá del sistema objetivo del lenguaje hay otro más limitado, interno o "ideal". Cada término del sistema se caracteriza no sólo por su articulación concreta, sino por una "distancia psicológica" respecto de los demás miembros del sistema.

La hipótesis de Sapir-Whorf

La plena elaboración de la base teórica del idealismo lingüístico norteamericano tiene que ver, en general, con lo que se conoce como la hipótesis de Sapir-Whorf, o *principio del relativismo lingüístico*. Sapir y Whorf, cada uno por su lado e influyéndose mutuamente, alegaban que no solamente cada lengua tiene su propia organización gramatical, sino que cada lengua organiza el conocimiento acerca del mundo de una manera absolutamente incomparable. No solamente difícil de

comparar desde el punto de vista analítico o formal, sino conceptualmente incomparable. Ellos decían que cada cultura organiza el mundo en función de sus categorías lingüísticas, y en la medida en que estas organizaciones o categorías lingüísticas difieren, difieren también las concepciones del mundo que articulan el conjunto de la cultura. Sapir, siguiendo a Boas, aseguraba que las diferentes culturas (en razón de sus idiosincrasias lingüísticas) viven en diferentes mundos, y no en el mismo mundo rotulado de distinta manera.

Uno de los corolarios de esta postura es que la traducción de las lenguas es prácticamente imposible, y en consecuencia también es imposible la comprensión o la explicación de una cultura en términos que no sean emergentes de la lengua que la articula, que la vertebra o que la ordena. No solamente entonces las lenguas son incomparables e intraducibles, sino que hasta cierto punto las culturas también lo son. Esto lleva bastante lejos el principio boasiano del particularismo cultural. Para comprender cabalmente una cultura, entonces, hay que hablar la lengua que la organiza, hay que ser prácticamente un actor nativo, hay que ser literalmente miembro de esa cultura. Un antropólogo munido de categorías analíticas elaboradas en la tradición académica de occidente, no podría describir una cultura de manera correcta y mucho menos explicarla, según estos autores.

Vemos en principio que ellos identifican lenguaje con pensamiento, y el pensamiento con lo que es la cultura. Mientras que para algunos antropólogos la cultura es un conjunto de elementos que incluye instituciones, técnicas y recursos materiales, que tiene que ver con el ámbito ecológico, que a su vez incluye tecnologías, para los autores que estamos viendo la cultura se restringe a lo expresable a través de una lengua que no se puede traducir. Estos autores son alumnos de Boas, están estrechamente relacionados con él, como mentor o como líder de todo este movimiento particularista e idealista que, con variadas renovaciones, dura hasta la actualidad.

En efecto, si hacemos mención de Boas, Sapir, Whorf y luego de Kenneth Pike, es porque todos los fundamentos de sus lingüísticas y de sus antropologías están en mayor o menor medida vigentes en gran parte de las corrientes antropológicas de los Estados Unidos, y en cierta forma en otras corrientes fuera de ese país. Eso no quita que por ejemplo la antropología concreta desarrollada por Sapir haya sido superada o haya sido dejada de lado. En la actualidad es muy poco lo que se utiliza de la antropología de Sapir, pero la hipótesis de Sapir-Whorf pertenece al acervo perdurable de la lingüística, y confiere significación a la mayor parte de las polémicas al respecto del relativismo o del universalismo lingüístico y hasta del relativismo o el universalismo epistemológico.

En un artículo donde se desarrollan algunos de los postulados de este relativismo lingüístico, Whorf dice que la estructura del lenguaje que se utiliza influye sobre la imagen del mundo que uno sostiene. Prácticamente no hay pensamiento independientemente del lenguaje; lenguaje y pensamiento son la misma cosa, porque para Whorf el lenguaje es la mera exteriorización del pensamiento. Es el único medio que se tiene para acceder al pensamiento en el caso en que sean dos cosas distintas. Los pensamientos de un aborigen (él estudió sobre todo la cultura Hopi) suelen organizarse de manera muy distinta de como se organizan nuestros pensamientos, a juzgar por la manera en que difieren los lenguajes de uno y otro.

En idioma Hopi, por ejemplo, siempre hay una referencia tanto al espacio como al tiempo; éstas no son entidades diferenciables dentro de esa lengua. Whorf asegura que la teoría de la relatividad de Einstein, donde se juega a identificar o a confundir estas dos entidades tradicionalmente separadas en la filosofía y en la ciencia occidental, estaría mucho mejor expresada en la lengua Hopi que en algunas lenguas occidentales, se formularía en aquélla mucho mas naturalmente. Para comprender entonces adecuadamente la teoría de la relatividad hay que abandonar en cierta forma esas

diferenciaciones que se hicieron tradicionales a través de la historia intelectual de occidente. Para Whorf, el Hopi dispondría de una serie de términos, o mejor que esto, de una especie de lenguaje natural en el que tiempo y espacio aparecen siempre entremezclados. Tal es así que el tiempo no aparece en la lengua hopi como un concepto separado. Como Einstein nos exige categorizar tiempo y espacio como una unidad, nada mejor que una lengua en que ambas categorías sean una sola para pensar la idea.

Hay que aclarar que a pesar de haber sido una figura enormemente influyente, Whorf no era un lingüista desde el punto de vista académico. Incluso podríamos decir que la lingüística tal como él la practicó y la teorizó es bastante poco académica. En algunos momentos los postulados teóricos de la lingüística de Whorf tienen fuertes componentes ocultistas; de hecho, él estuvo vinculado a la teosofía, y publicó algunos de sus ensayos más conocidos en revistas teosóficas. Sus primeros trabajos lingüísticos trataban de brindar una imagen sintética de ciertas lenguas aborígenes, a partir del descubrimiento de unos elementos ocultos, unos *criptotipos*, como él decía, que serían las raíces que dentro de cada lengua organizaban la totalidad de la comprensión del mundo. Los criptotipos serían muy pocos, quizá una docena o poco más de conceptos seminales, de los que de derivaría toda la *Weltanschauung* de una cultura. Él decía que todo el campo ideacional de una lengua está encapsulado en una cantidad reducida de nociones o de raíces elementales, mediante un proceso o un fenómeno, que se denomina *oligosíntesis*. Esta es algo así como una síntesis realizada sobre unos pocos elementos, a partir de los cuales es posible generar todo el universo ideacional que puede ser cubierto por una lengua.

Cuando Whorf empieza a estudiar con Sapir, que tenía una conexión más estrecha con Boas, es cuando desarrolla específicamente la idea de la relatividad lingüística. Y la relatividad tiene que ver sobre todo, no tanto con la extrañeza de las categorías gramaticales que se iban descubriendo en las lenguas aborígenes norteamericanas, que verdaderamente son atípicas en contraste con las lenguas de occidente, con las lenguas derivadas del indoeuropeo o SAE (*standard average european*), sino que tiene que ver con la forma en que las distintas lenguas, y por lo tanto las distintas culturas, organizan los significados.

Y en esto radica una de las diferencias principales entre toda esta corriente que estamos viendo hoy, el idealismo lingüístico norteamericano y su contrapartida, el descriptivismo o el conductivismo proyectado a la lingüística. Como vamos a ver más adelante, la tradición teórica conductista y descriptivista que se opone a toda esta corriente que estamos revisando, va a proponer que el significado sea excluido de los estudios lingüísticos. Los descriptivistas propondrán describir la lengua prescindiendo del significado, mientras que los idealistas van a poner el significado en primer plano. Más aún, ellos comparten una definición de la cultura como el conjunto de los significados compartidos por un conjunto social. Comprender el conjunto de estos significados compartidos es entonces comprender la cultura.

Vamos viendo entonces que los idealistas llegan prontamente a la conclusión de que solamente se puede comprender una cultura desde dentro, en sus propios términos, en términos de los actores que viven una determinada realidad cultural. Esto es lo que se conoce como la perspectiva del actor o el "punto de vista nativo". Y esto va a tener consecuencias inmediatas en lo que se conoce como antropología cognitiva y a la cual dedicamos una parte del programa de Teorías Antropológicas Contemporáneas.

En síntesis, todo el idealismo lingüístico norteamericano comparte la idea de que cada lengua recorta y organiza la realidad de distinta forma; comparte también la idea de que las distintas

lenguas son mutuamente intraducibles; y comparten la idea de una relación íntima, que es prácticamente de identidad, entre el lenguaje y la realidad psicológica o entre el pensamiento y el lenguaje. Fíjense ustedes hasta donde nos lleva esta teoría. No solamente se enfatiza la diversidad de los lenguajes, sino que en algún momento se llega a la conclusión de que las distintas culturas piensan distintamente. Estas maneras de pensar, según ellos, no son ni mejores ni peores, simplemente son distintas. Esta va a ser una idea de grandes consecuencias en el desarrollo de la teoría y la práctica antropológica de este siglo. Y esto va a ser también una especie de desafío al conocimiento y a la teoría que está todavía en gran medida en pie.

Decía Whorf que de la misma manera en que es posible cualquier número de geometrías (es posible por ejemplo una geometría euclídeana y una no euclídeana que concibe el espacio de distinta forma), así también podemos encontrar descripciones del universo, todas válidas, que no contengan nuestros contrastes y nuestras categorías familiares del espacio, del tiempo, etc. Whorf basaba su argumentación en una serie de ejemplos más o menos exóticos sobre distintas formas en que se presentaba el significado en un conjunto de culturas. En la lengua Hopi, que era la que mejor conocía, ciertos elementos, como por ejemplo el fuego, las olas, las nubes, no se referían mediante sustantivos, sino mediante verbos, o algo más parecido a los verbos que a los sustantivos. Todo lo que vuela, todos los seres que vuelan, sean insectos, murciélagos, aves o incluso seres no vivientes como los aviones, tienen en Hopi un solo nombre. Por contrapartida, no existen en esa lengua categorías lexicales que nosotros podríamos juzgar absolutamente necesarias, mientras que por otra parte hay, en Hopi, un montón de categorías minuciosamente diferenciadas que a nosotros nos parecerían superfluas.

Ustedes van a poder evaluar estas ideas acerca del relativismo lingüístico cuando consulten el material de Whorf. Nosotros vamos a volver reiteradamente sobre el tema de la relatividad lingüística porque es una de las constantes de la discusión lingüística de cuarenta o cincuenta años a esta parte. Todavía hoy, buena parte de los antropólogos y los lingüistas está a favor de versiones más o menos moderadas de la hipótesis de Sapir y Whorf, y unos pocos tienen las cosas suficientemente claras para estar decididamente en contra. Se siguen realizando estudios de refutación o verificación de esos principios. De modo que no se trata de una idea más o menos exótica olvidada en el curso del tiempo, sino que sigue siendo polémica y sigue siendo discutible tanto desde el punto de vista de la lingüística como de la antropología. Ahora bien, ni Whorf, ni Sapir, ni Boas, sistematizaron la idea del relativismo lingüístico desde el punto de vista técnico; tampoco la resumieron en una sola obra.

Kenneth Pike y la polémica *emic-etic*

El que lo hizo, y quien trató de darle contenidos al idealismo y al relativismo lingüístico norteamericano fue Kenneth Pike. Este es posterior a los otros autores que mencionamos. Tal es así que sus obras más importantes son de principios y mediados de la década del 50. Tengamos en cuenta que Whorf, por ejemplo, muere en 1941; Sapir había muerto en 1939. A Pike se debe también una de las distinciones más polémicas de la antropología reciente. En Pike se originan algunas de las discusiones más violentas y todavía no acabadas, no solamente en la antropología norteamericana, sino también en el resto del mundo, como las que giran en torno a la alternativa entre las estrategias *emic* y las *etic*.

Tengamos también en cuenta que Pike no es solamente lingüista o antropólogo, sino que está relacionado estrechamente con el trabajo misionero del Instituto Lingüístico de Verano (ILV). Esta institución se dedica primordialmente a la difusión de la Biblia entre pueblos ágrafos, mediante un trabajo que tiene su culminación anual durante el verano en el hemisferio norte, es decir, en la época de las vacaciones académicas. Es en ésta época cuando todos los allegados al Instituto realizan su aproximación más intensa a las distintas culturas, y al mismo tiempo que van documentando las sociedades y lenguas y van componiendo mejor las articulaciones de estos lenguajes para llegar a traducir la Biblia mediante los mismos, van practicando una enseñanza bilingüe que versa casi exclusivamente en asuntos bíblicos.

Se trata de una organización pastoral y editorial sumamente poderosa, que tiene acceso a varios centenares de grupos aborígenes, y que se caracteriza por elegir los enclaves más apartados y más difíciles de estudiar del mundo etnográfico. El Instituto Lingüístico de Verano tiene sus avanzadas, por ejemplo, en Nueva Guinea o en la Amazonia peruana. Si un etnólogo pretende tener acceso a un grupo étnico bajo la tutela del ILV (como por ejemplo los bora de la Amazonia Peruana) lo más probable es que tenga que negociar su ingreso con la delegación del instituto. Kenneth Pike es uno de los que formulan los fundamentos metodológicos del Instituto Lingüístico de Verano. Estos tienen que ver con la idea del relativismo lingüístico y con la necesidad de estudiar las culturas desde dentro, que después vamos a caracterizar.

Pike define dos modalidades contrapuestas de ciencia (él dice "dos puntos de vista distintos") para abordar los fenómenos culturales: el punto de vista *etic* estudia desde fuera la conducta de un sistema particular; el punto de vista *emic*, en cambio, lo hace desde dentro. Ambos términos se derivan de la lingüística, donde la fonética constituye el estudio "objetivo" de los sonidos del lenguaje, mientras que la fonémica (el apelativo americano de la fonología) analiza más bien la forma en que los sonidos se usan, subjetivamente, para diferenciar significaciones.

Pike presenta las características de ambos enfoques en un cuadro de oposiciones:

1. **Intercultural / específico.** En enfoque *etic* considera varias lenguas o culturas a la vez; el enfoque *emic* aborda típicamente una sola lengua o cultura. Esta es una reformulación del principio del particularismo cultural, fuertemente opuesto a las comparaciones interculturales.
2. **Unidades disponibles de antemano / unidades determinadas durante el análisis.** Las unidades y clasificaciones *etic*, basadas en muestreos o en investigaciones previas, existen antes de que se realicen los estudios particulares. Las unidades *emic*, en cambio, se deben establecer una vez iniciada la investigación; es preciso descubrirlas y no predecirlas. Es éste un componente que denota la inclinación empirista del idealismo, el cual supone que las categorías válidas para el análisis de un fenómeno son inherentes a él y no se pueden ni se deben construir.
3. **Creación de un sistema / descubrimiento de un sistema.** La organización *etic* de un esquema intercultural puede ser creada por el analista; la estructura *emic* de un determinado sistema debe ser descubierta. Esta oposición es la misma que los lingüistas llamaron el contraste entre el abracadabra (*hocus pocus*) y la verdad de Dios (*God's Truth*). En el abracadabra el estudioso saca de la galera el orden que describe, lo construye, aún sin darse cuenta que lo hace. En la verdad de Dios, no hace más que descubrir lo que está verdaderamente en la realidad. El contraste se asemeja al que media entre racional-

lismo y empirismo: en el primero "la realidad" es construida conforme a una teoría y un punto de vista; en el segundo, descubierta "tal cual es".

4. **Concepción externa / concepción interna.** El punto de vista *etic* presupone una mirada exterior, extraña a la naturaleza de lo que se estudia; las descripciones *emic* brindan una concepción interior, con criterios escogidos dentro del sistema.
5. **Plan externo / plan interno.** Un sistema *etic* puede ser establecido por criterios o planes lógicos cuya pertinencia es ajena al sistema que se está estudiando. El descubrimiento del sistema *emic* requiere la inclusión de criterios pertinentes al funcionamiento interno del sistema mismo.
6. **Criterios absolutos / criterios relativos.** Los criterios *etic* se consideran a menudo absolutos, directa y objetivamente mensurables; los criterios *emic* se relacionan con las características peculiares al sistema, son relativos a él.
7. **No integración / integración.** La concepción *etic* no requiere que se conciba cada unidad como parte de un conjunto más amplio. La visión *emic* considera que cada unidad funciona dentro de un conjunto estructural más amplio, en una jerarquía de unidades y conjuntos.
8. **Igualdad y diferencia como medido / Igualdad y diferencia como sistemático.** Dos unidades son éticamente distintas cuando las mediciones instrumentales así lo demuestran. Las unidades son émicamente distintas cuando provocan respuestas diferentes de la gente que actúa dentro del sistema.
8. **Datos parciales / datos totales.** Los datos *etic* se obtienen en un primer momento en base a información parcial. En principio, los criterios *emic* requieren que se conozca el sistema total con el cual se relacionan y del cual toman su significación.
9. **Presentación preliminar / presentación final.** Los datos *etic* permiten tener acceso inicial al sistema, y dan resultados provisionales y tentativos. El análisis o presentación final, sin embargo (y siempre según Pike), debe darse en unidades *emic*.

La caracterización de Pike, evidentemente, hace agua por todas partes. Muchas veces no se sabe con certeza si la distinción se refiere a "puntos de vistas" diferenciales (el de la cultura nativa versus el del etnógrafo), a "criterios" contrapuestos (y en tal caso, ¿criterios de qué?), al origen de los datos (Pike habla de datos *emic* y *etic*) o al de los conceptos que se utilizan en su análisis. Esta ambigüedad ha causado que etnólogos muy sutiles en otros aspectos, utilizaran la distinción equivocadamente. Lévi-Strauss, por ejemplo, remite la distinción a niveles perceptivos, llegando a decir cosas tales como que "la naturaleza de las cosas es de origen *emic*, y no *etic*" (cf. *La Mirada Distante*, ed. Argos-Vergara, 1984, pp.140-141).

Todo el proyecto de Pike es intrínsecamente ambiguo y de una inquietante superficialidad. Los problemas fundamentales no han sido siquiera insinuados; él no aclara, por ejemplo, si los datos *emic* han de estar integrados a un marco de hipótesis *etic*, o si por el contrario corresponde construir un diseño investigativo íntegramente *emic*. En ambos casos sería preciso que alguien especificara cómo hacerlo, ya que resulta por lo menos dudoso que una ciencia diseñada para satisfacer inquietudes intelectuales siempre necesariamente *etic* pueda ser resuelta mediante conceptos (o procedimientos, o datos, o lo que fuere) *emic*.

Muchas veces se pretende salvar la idea de una ciencia *emic* haciéndole decir a Pike cosas que él no ha dicho, dado que lo que ha escrito es, desde el punto de vista epistemológico, más bien deplorable. Pero la semblanza de Pike es la que acabamos de ver. La mayor parte de sus juicios son idealizaciones a priori que no se basan en ninguna demostración; cuando él dice, por ejemplo, que los estudios *emic* conducen a una comprensión del modo como se construye una lengua o cultura, "no como una serie de partes separadas, sino como un todo compacto", confía implícitamente en que los hablantes de una lengua o los actores de una cultura dispongan de los elementos conceptuales necesarios como para dar cuenta de esa globalidad, como para ordenar o articular la comprensión de su lengua o su cultura desde dentro. Es ostensible que ese no es el caso, y la exploración cognitivista lo demostró hasta el hartazgo. Cuando a fines de los 60 se trató de fundamentar émicamente la descripción de las culturas, los resultados variaron entre lo desastroso y lo trivial. Como veremos en el punto siguiente del programa, los conceptos nativos necesarios para integrar los diversos dominios culturales o lingüísticos "en un todo compacto" brillaron por su ausencia, por la sencilla razón de que los nativos no son ni lingüistas ni antropólogos, ni tienen por qué poseer en su conciencia las respuestas a las preguntas contingentes que nuestras ciencias formulan.

Para apreciar mejor las arbitrariedades de Pike, propongo pensar por un instante que ustedes son informantes caracterizados de su propia lengua o cultura. Es obvio que, antes de adquirir formación académica específica, ninguno de ustedes (ninguno de nosotros) posee una visión conexas y global de la lengua o la cultura, capaz de poner al descubierto sus resortes esenciales. Eso ya lo han documentado el marxismo, el psicoanálisis y el estructuralismo, que acabaron con la perspectiva ingenua de considerar que las claves de lo real se hallaban al alcance de la conciencia y del sentido común.

El psicoanálisis pone en crisis la suficiencia de la conciencia como vehículo de la comprensión. La conciencia aparentemente no es suficiente para comprender algo que se diría está incorporado al hombre y que es fácil de comprender como es su propio pensamiento, sus propios procesos psíquicos. Freud puso de manifiesto que lo más importante de los fenómenos de la mente humana está más allá del alcance de la conciencia, y que es incluso necesario romper lo que se percibe fenomenológicamente para poder llegar a lo esencial. Cualesquiera sean los aspectos cuestionables del psicoanálisis (y yo creo que son muchos), la concepción psicoanalítica del inconsciente permanece como uno de sus contribuciones valederas.

El marxismo afirmaba aproximadamente lo mismo con respecto a lo que podríamos caracterizar como la concepción ideológica. La concepción que una persona, miembro de una cultura o de una sociedad, tiene de las relaciones sociales, por de pronto, y de las relaciones de producción más específicamente, no son las de estas relaciones tal como son en la vida real, sino tal como son a través de un reflejo, de una ideología, de una elaboración, que no necesariamente corresponde a los hechos. Es decir, existe toda una tradición de crítica del conocimiento, que está dada por el marxismo y el psicoanálisis, independientes entre sí, pero en alguna medida coincidiendo en lo esencial, que tendríamos que dejar de lado si quisiéramos adoptar con alguna mínima consistencia el esquema de Pike.

La postura *emic* tiene que ver muchísimo con lo que ha sido la fenomenología antropológica en este país, y con lo que es la antropología fenomenológica en buena parte del mundo. Todas estas tendencias, opuestas en general a la teorización, parten de una base que es, más o menos explícitamente, mero empirismo. Para Kenneth Pike existe un sistema dentro de una cultura o de una lengua que debe ser descubierto. Ese sistema no puede ser construido por un estudioso o por una persona

exterior a ese sistema, sino que se descubre viéndolo desde dentro. Eso es entonces la "verdad de Dios": consiste en evitar imponer un patrón desde fuera, y encontrar ese patrón o ese orden en los hechos que se están examinando. El papel del estudioso es ínfimo, si no nulo: encontrar lo que ya está allí. Casi todos los idealistas norteamericanos son partidarios, en antropología y en lingüística, de lo que se ha dado a conocer entonces como "verdad de Dios", y que en ciertas manifestaciones de la fenomenología norteamericana, sobre todo de la antropología, se ha revelado como una especie de empirismo trascendental, ligado explícitamente a la fenomenología como corriente filosófica.

A este esquema hay que verlo en el contexto en el que esta teoría, o esta forma de concebir tanto la lingüística como antropología, se origina. En lo antropológico, Pike estaba batallando contra el comparativismo, contra la escuela de Murdock, y desde el punto de vista lingüístico contra la escuela de Bloomfield. Estas distintas escuelas, en sus respectivas disciplinas, podríamos decir que eran los enfoques dominantes en el momento en que Pike establece esa distinción entre *emic* y *etic* a mediados de la década del 50.

Y Pike concede a estos principios de distinción entre *emic* y *etic* la suficiente dimensión como para presentarlos no solamente como una técnica o una metodología lingüística o antropológica, sino como una visión capaz de brindar una especie de ciencia unificada, o la posibilidad de la unificación de la ciencias, por lo menos de las ciencias sociales. Las ciencias humanas, la historia, la sociología, la antropología, según Pike, iban a quedar en algún momento subsumidas bajo el punto de vista *emic*. En algún momento se iba a reconocer que cada cultura, cada sociedad, cada lengua, cada período histórico, solamente podrían ser comprendidos en sus propios términos, poniendo entre paréntesis, para emplear una metáfora fenomenológica, todos los conocimientos o todos los supuestos previos que lleva el estudioso de occidente académicamente formado.

Hay que admitir que este enfoque tiene, a primera vista, cierto grado de plausibilidad. Reconocer el conocimiento nativo como tal es, sin duda alguna, un componente esencial de toda investigación. En principio parece ser necesario para comprender una cultura convertirse en una especie de actor nativo, comprenderla desde dentro. El método de la observación participante, aunque se origina en un marco *etic* como lo ha sido el estructural-funcionalismo, es un precedente del emicismo. El problema es si es verdad que los actores culturales tienen una comprensión global y completa de su propia cultura, que es lo que aquí se nos está diciendo. El dilema es hasta qué punto cada uno de nosotros, por ejemplo, tiene una comprensión cabal de la lengua que habla como sistema y como objeto de conocimiento, porque a fin de cuentas de lo que se trata es de hacer ciencia. ¿En qué medida el que usa una lengua conoce objetivamente, y sabría explicitar y explicar los mecanismos que pone en marcha para hablar, para manejar esa lengua? Lo mismo se puede decir de los fenómenos culturales. ¿Hasta qué punto cada miembro de una cultura es antropólogo de su propia cultura? ¿Poseemos todos nosotros una visión organizada, coherente, totalizadora, como la que supuestamente deberíamos tener desde un punto de vista *emic*, en tanto actores culturales de una cultura?

El enfoque de Pike presupone que las culturas o los lenguajes son mejor conocidos por los hablantes o por los actores culturales que por los estudiosos que vienen desde afuera. Y en cierta forma esto es cierto; desde el punto de vista de la acción práctica, de lo que es hablar una lengua, vivir una cultura, indudablemente el actor nativo tiene una ventaja empírica, concreta, sobre el estudioso que ignora prácticamente todo en el momento que llega. Pero esto no quiere decir que, desde el punto de vista de las exigencias del conocimiento (que todavía siguen siendo las exigencias del conocimiento originadas en la tradición occidental), el conocimiento práctico de los hablantes nativos o de los actores culturales sea suficiente como para brindar una explicación o una visión

teorética orgánica tal como Pike lo suponía. No se trata de vivir una experiencia práctica consistente en sentir y actuar como un nativo, sino de describir (y en lo posible explicar) formas culturales y lenguajes.

En el momento en que se intenta llevar a la práctica en antropología una estrategia *emic* rigurosa y completa, se va a ver claramente que no existe una visión orgánica y totalizadora de la cultura por parte de los actores culturales, y esto vale para todas las culturas estudiadas y para todos los ámbitos posibles, occidente inclusive, por la sencilla razón de que la visión orgánica y totalizadora de una lengua o de una cultura no forma parte necesariamente de todas las lenguas o de todas las culturas, sino que son una necesidad y un producto histórico surgido en occidente a partir de condiciones histórico-sociales específicas. Esto se va a ver sistemáticamente cuando se trate de llevar a cabo el planteo de la antropología cognitiva en la década del 50, y que es un planteo *emic* riguroso y totalizador, que como veremos en las próximas clases, fracasa sistemáticamente y sin atenuantes, como pocas empresas científicas han fracasado.

Muchos han cuestionado incluso el hecho de que llamara *emic* a su enfoque en relación con los fenómenos fonémicos o fonológicos. Esto estaría insinuando que los hablantes de una lengua tienen un conocimiento analítico específico, expresable y comunicable, sobre, pongamos el caso, el sistema fonológico de una lengua. Si fonémico equivale a fonológico, indudablemente lo que está queriendo decir Pike al llamar *emic* a su enfoque por analogía con fonémico o fonológico no es lo mismo que lo que vimos el otro día. Acá mismo, en el desarrollo de este programa y al reflejar estas teorías lingüísticas que sin duda suenan tan extrañas, y paradójicamente se están refiriendo a un fenómeno tan accesible, tan obvio y tan presuntamente conocido por nosotros como es el lenguaje, se está poniendo de manifiesto que hay cierto sistema, cierto orden en el lenguaje que está relativamente oculto, y que solamente el enfoque practicado desde fuera, desde lejos, puede poner de manifiesto. No estoy queriendo decir que las cosas tienen que ser estudiadas desde fuera para ser comprendidas, pero es indudable que el hecho que uno sea hablante de una lengua o miembro de una cultura no le proporciona el tipo de conocimiento que habitualmente se exigen y se necesitan por un lado en la lingüística y por otro en la antropología.

Existen por otra parte teorías fonológicas (y esto viene a cuento de la impropiedad que Pike llamara *emic* a su enfoque) que no hacen referencia al significado. Expresamente la fonología de la escuela de Praga no se refiere al significado, sino que utiliza al fonema como algo que sirve para distinguir significados, lo cual es algo bastante distinto. Es decir, el estudio del significado en sí pertenece al plano de la semántica y no al plano de la fonología, y es bastante dudoso que el plano de las significaciones de una lengua determinada tenga la misma organización sistemática que puede llegar a tener un sistema fonológico, que es un sistema prácticamente combinatorio, que opera en lo que nosotros habíamos definido la clase pasada como la primera articulación del lenguaje. Esa primera articulación donde se encuentran una serie de fenómenos más o menos relacionados con lo físico o con lo fonético y que prácticamente no tiene una relación directa con el universo del significado.

Por otra parte, hay algo que en los estudios o estrategias *emic*, de Pike en adelante, no está demasiado claro, y esto es la distinción entre un estudio *emic* y el uso de una categoría *emic*. Es decir, un estudio involucra una estrategia completa de análisis de un fenómeno determinado, una categoría *emic* podría llegar a ser por ejemplo el concepto de MANA o el concepto de TOTEM en una cultura determinada, idealmente la cultura de origen de estos conceptos.

Nada impide que un estudio *etic* o un estudio comparativo se sirva de categorías *emic*, de categorías que no tienen contenidos concretos como fueron MANA o TOTEM en su origen. Antropológicamente hablando, nada impide que especifique cuáles son los contenidos de esas categorías y que las inscriba en un marco comparativo más amplio, que incluso pueda proyectar, como de hecho se hizo, esas categorías originariamente *emic* al nivel de categorías *etic*, a categorías abarcadoras que sirvan para un enfoque comparativo.

Más de una vez también sucede que de hecho las lenguas con las que se encuentra el lingüista o las culturas con la que se encuentra el antropólogo no sean comprensibles de acuerdo con los cánones o con las categorías tradicionales. Esto en antropología ha sucedido concretamente con el estudio de los fenómenos económicos. Ustedes saben que existe una discusión en antropología económica prácticamente igual a la que se ha desarrollado acá en lingüística y en antropología cultural, y que se relaciona con la utilidad o la practicidad de los conceptos económicos elaborados en Occidente para analizar por ejemplo una economía primitiva. En efecto, la postura *sustantivista* en antropología económica sostiene que las categorías descriptivas de la economía de una sociedad tienen que emanar de las categorías propias de la cultura que se trate, mientras que la postura *formalista* sostiene la validez de los conceptos económicos occidentales, o "técnicos", para abordar cualquier fenómeno económico.

La tagmémica

El problema de Pike no es solamente teórico. Hagamos notar un hecho que no todos los partidarios (locales o extranjeros) del enfoque *emic* y de la perspectiva del actor parecen haber advertido: la formulación de Pike, hasta donde la hemos visto, es solamente *programática*. Que un marco teórico sea programático quiere decir que enuncia los principios a que ha de atenerse, pero sin especificar cómo es que los mismos pueden llevarse a cabo en términos de procedimientos, métodos y técnicas concretas. Tener un programa está muy bien, siempre y cuando se lo pueda llevar a la práctica, esto es, siempre que se lo pueda instrumentar. En algún momento, como parte de ese proyecto de unificación de la ciencia que quería llevar adelante bajo el signo del enfoque *emic*, Pike tuvo que poner en marcha estos principios relativos al enfoque *emic*, sistematizando de una vez por todas un mecanismo *emic* de análisis del lenguaje, y esto dio lugar a la elaboración de un marco teórico que se conoce como *tagmémica*.

La tagmémica es entonces la teoría elaborada por Kenneth Pike relativa al estudio del lenguaje desde el punto de vista *emic*. Es entonces una teoría, un marco teórico, conceptual, metodológico, incluso técnico, que facilita la realización de un estudio de los fenómenos del lenguaje realizado desde el interior de cada uno de los lenguajes que se analizan. Ustedes van a tener que elaborar hasta qué punto el establecimiento de esta tagmémica como teoría como método y como práctica lingüística, no está violando la necesidad de estudiar cada una de las lenguas desde dentro, hasta qué punto no se está incurriendo en una contradicción radical cuando se confiere carnadura y contenidos concretos a un estudio *emic* del lenguaje.

Hay que tener en cuenta que Pike no cae en un error muy básico, que es el de definir el lenguaje según las categorías lingüísticas tradicionales. Y esto porque él considera que el lenguaje, al estar relacionado con el pensamiento, con la concepción del mundo y con los hechos culturales, sobre todo con las conductas, no forma una entidad separada, sino que está relacionado orgánicamente con todo un universo de fenómenos. Esta tagmémica, entonces, va a ser una teoría del

lenguaje, y de la gramática primordialmente, que pretende integrar también toda la conducta no lingüística. Y esas conductas no lingüísticas son integradas a través de una serie de complejas unidades de comportamiento que en un principio se llaman *conductemas* (*behavioremas*), que consisten en una superposición ordenada de niveles.

Acá aparece una categoría básica en la tagmémica de Pike, que es la categoría de *slot*. Este concepto aparece también en las teorías más recientes de la psicología cognitiva, que es una cosa muy distinta a la antropología cognitiva; *slot*, literalmente "ranura", es el concepto de algo que está en una estructura y que oficia el papel de una cavidad, de un hueco, que puede ser llenado por distintos contenidos. Vendría a ser una especie de categoría vacía, donde se pueden introducir distintas clases de elementos según el nivel de análisis que se trate. El *slot* es una categoría puramente estructural, vacía de contenidos específicos, pero que se puede llenar con distintos elementos en sus distintas instanciaciones. Básicamente, un *slot* hace referencia a una clase de fenómenos.

Ahora, esos conductemas que se articulan básicamente de acuerdo con este principio de los *slots*, o de cavidades estructurantes y significativas, tienen que ver con hechos culturales complejos, como podría ser por ejemplo un discurso político, un partido de fútbol, una ceremonia religiosa. Cada uno de estos ámbitos está caracterizado por un conjunto de conductemas que a su vez están ordenados en una serie de niveles, algunos de los cuales vamos a ejemplificar.

La teoría es mucho más compleja de lo que aquí podemos trasuntar, de modo que las categorías que comenzaremos a introducir no se pretende que sean memorizadas; las presentamos sólo a los efectos de que ustedes tengan una idea clara del enrevesamiento de la teoría elaborada por Pike, que se supone que nosotros, en tanto hablantes nativos de una lengua, deberíamos comprender espontáneamente. Pike centraliza su análisis en lo que él llama *sintagma*, que vendría a ser algo así como una frase; no es exactamente una frase, sino que es una cadena compuesta de *tagmas*; de la importancia central de los tagmas y los sintagmas viene el nombre de tagmémica para esta teoría.

Estos sintagmas, organizados a su vez por tagmas, a un nivel de análisis más bajo o elemental, estarían a su organizados por lo que Pike llama *tagmas*. Existe cierta similitud entre lo que es tagma y tagma por un lado, con lo que en otras corrientes lingüísticas se va a denominar morfema y morfo, o con lo que hemos visto como fonema y fono. La partícula *ema* parecería indicar la presencia de un componente significativo desde el punto de vista, a la vez que la versión reducida de la categoría denotaría su carácter "objetivo". A su vez, un conjunto de tagmas constituye un sintagma, y así sucesivamente. No podía faltar el concepto de *alotagma*, que alude a los elementos formalmente distintos, pero que contienen los mismos significados.

Es muy difícil establecer la correlación, la correspondencia, el sentido concreto que le quiso dar Pike a cada una de estas unidades. En realidad la cosa se vuelve bastante complicada, porque hay que tener en cuenta que no solamente está practicando un análisis lingüístico, sino que está tratando de dar cuenta de un conjunto bastante complicado de fenómenos, que si bien se articulan sobre una base verbal no son exclusivamente verbales sino que tienen que ver con conductas culturales complejas. Estas categorías, además, no son sólo categorías estructurales, sino también categorías funcionales. Esto quiere decir que están relacionadas con determinado tipo de significado, y son por ello unidades no tanto formales como de función. Y para hacer la cosa más confusa, los tagmas no pretenden ser tanto cosas como relaciones, es decir, términos relacionales y abstractos. Ahora bien, relacionales o en correlación a qué, cabría preguntar. Pike dice que van a estar relacio-

nados con esa clase de unidades sustituibles que son los elementos que pueden llenar un *slot* determinado en una instanciación o en un fenómeno que se esté estudiando en un momento dado.

Pike construye en realidad todo un complicado sistema de análisis, lleno de términos relativamente exóticos, que va a terminar subsumiendo los distintos sintagmas en frases, las distintas frases en párrafos y los distintos párrafos en textos. Y va a decir que lo único que es accesible éticamente es el nivel de los tagmas, los elementos individuales, los elementos dispersos carentes de significación en un principio. En otras palabras, cuando un estudioso se enfrenta con un fenómeno de conducta lingüística o de otro orden complejo, va a encontrarse con algo que son tagmas, que son los elementos que componen ese fenómeno, ese complejo de conducta, y que por sí no tienen ninguna significación. La significación la empiezan a adquirir a partir de su integración en unidades jerárquicamente superiores y en niveles de análisis sucesivamente más elevados, cuya naturaleza, cuya significación sólo puede ser comprendida por quienes hablan esa lengua y por quienes viven esa cultura. Los distintos niveles de análisis están correlacionados. Entre ellos, dice Pike, existe un enlace correlativo.

Y acá va a proporcionar otra jerarquía, que tiene que ver con otras temáticas que nosotros vamos a desarrollar en la segunda parte del programa, aunque su terminología no prosperó. Pike asevera que existen prácticamente tres niveles de análisis que son:

- a) El nivel de las *partículas*, o de los elementos básicos, que está relacionado con el modo en que se manifiesta un fenómeno, es decir, con un modo determinado de manifestación, y que se correspondería, si es que tenemos que establecer un símil con lo que nosotros estuvimos viendo antes, con el nivel de la fonología.
- b) Por encima de esto, tenemos fenómenos de *onda*, que tienen que ver con el modo de distribución de estos elementos de nivel inferior, y que se corresponderían lingüísticamente hablando con la gramática o la sintaxis.
- c) Y finalmente, en un nivel más elevado, tenemos los fenómenos de *campo* que tienen que ver con el modo rasgo y con los fenómenos semánticos, con el significado en toda su plenitud.

A través de esta metáfora física que subsume las tres categorías básicas de la física -la partícula, la onda y el campo-, tenemos organizado todo el nivel de los fenómenos.

Cuando hablemos de la antropología cognitiva veremos porqué el nivel superior, el del campo semántico, tiene que ver con el modo rasgo, según lo llama Pike. Esta idea se relaciona con la concepción del significado que se maneja en esta teoría lingüística, y que gira en torno del llamado campo semántico, una visión del significado desarrollada en Europa, pero que en su versión norteamericana concibe el significado como un elemento complejo, que está formado por una serie de rasgos elementales que tiene cada uno diferente valor.

Esta estratificación teórica que lleva desde lo que en otros contextos sería la fonología, hasta la semántica, y que trata de establecer relaciones sistemáticas entre los distintos niveles en que se da el lenguaje, es una especie de respuesta a la teorías rivales a la de Pike, en el momento que él desarrolló la suya. La teoría principal de la lingüística norteamericana, ajena a toda esta corriente idealista que hoy estuvimos viendo, es la que se conoce como *distribucionalismo*, la cual realiza un análisis de los fenómenos del lenguaje en función de la distribución de los distintos elementos que lo

conforman. Esta teoría está relacionada a su vez con la figura de Bloomfield, que es en materia de lingüística prácticamente todo lo opuesto a Pike.

La tagmémica tuvo cierta utilización práctica en el terreno de la enseñanza de las lenguas, todavía la sigue teniendo. Existe una práctica de enseñanza que se llama práctica del *pattern*, que tiene que ver explícitamente con la tagmémica. Los que desarrollaron la técnica del *pattern* como método de enseñanza de lenguas extranjeras son gente allegada al Instituto Lingüístico de Verano y a Pike, y parten de un concepto de frase como una cadena que está constituida por *slots*, o cavidades, en las que pueden entrar distintos elementos. Un lenguaje se enseña mediante tres técnicas.

Esas tres técnicas son:

1) La técnica de la *sustitución*. Nosotros damos una categoría gramatical, decimos por ejemplo "mi padre", y esto, en tanto categoría gramatical, puede estar reemplazado por "mi tío" o por "el profesor", "el perro", y así sucesivamente. Al aplicar esta técnica, se enfrenta al que está aprendiendo esta lengua con toda una serie de posibilidades de sustitución de cada una de las unidades.

2) La segunda técnica, que es la de *expansión*, impone la sustitución de elementos más complejos. Por ejemplo "en el parque" puede ser sustituido por "antes de las vacaciones" o "a principios del año pasado", y así sucesivamente.

3) La tercera técnica sería la de las *transformaciones*, adiciones o supresiones de constituyentes. Esto lo van a poder comprender mejor cuando veamos lo que es el distribucionalismo en lingüística.

Todo esto conforma no solamente un discurso, o un proyecto teórico, sino una discusión lingüística y antropológica bastante compleja que hasta donde hemos llegado en el dictado del programa es en parte incomprensible, tal vez porque no escuchamos todas las campanas y porque faltan explicar numerosos conceptos técnicos. La tagmémica de Pike se apropia de categorías y métodos del distribucionalismo, y tal vez también de algunas ideas de la gramática generativa. Las derivaciones prácticas de la tagmémica han sido ampliamente cuestionadas. Se ha comprobado que la producción automática de series de estructuras de frases hace perder las relaciones de sentido y el efecto de las oraciones individuales. La técnica del *pattern* es un método elemental que sólo de forma primaria y rudimentaria puede servir como fundamento de un ejercicio de comunicación.

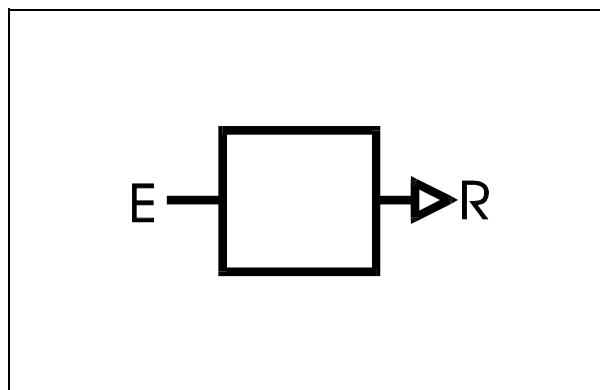
Conductismo y materialismo lingüístico

Abordaremos ahora el tema de la lingüística norteamericana académica, que estuvo en vigencia hasta mediados de la década del 50, y que posiblemente haya sido la tendencia dominante en la teoría y la práctica de la lingüística durante varias décadas, hasta que fuera desbancada por la revolución lingüística chomskyana de 1956-57.

Aquí deberemos abrir un paréntesis para explicar en qué consiste una estrategia conductista. Pues bien, el conductismo es una de las tres o cuatro corrientes principales de la psicología, junto al psicoanálisis, a la psicología genética, a la psicología cognitiva y a la psicología de la Gestalt. Me refiero a las grandes corrientes de psicología que dominaron gran parte del siglo XX. A diferencia de otras corrientes más filosofantes, el conductismo va a montar, por así decirlo, todo una metodología de la experimentación. Gran parte de la terminología experimental de las ciencias

sociales se origina en el conductismo; y muchas de las llamadas ciencias duras adoptaron estilos y conceptos experimentales que se desarrollaron en esta corriente. El conductismo, por otra parte, y de acuerdo con su herencia materialista, afirma que la conducta del hombre no tiene nada distintivo que la diferencia de la conducta de cualquier otra especie viviente.

Más importante todavía es el hecho de que el conductismo prescinde de todos los principios descriptivos o explicativos que no sean inmediatamente observables; aunque pueda parecer paradójico, la psicología conductista prescinde nada menos que de la mente, lo que llevará a que la lingüística conductista prescinda nada menos que del significado. Sólo se puede hablar de lo observable, y lo único observable son conductas o comportamientos (*behaviors*).



A todo esto, es bastante común que los conductistas realicen sus experimentos con animales. Ellos alimentan la idea de que las conductas de los diversos seres vivientes son, por lo menos, comparables en tanto tales. Para el conductismo el hombre es un animal más, como cualquier otro. Incluso, más todavía, la ciencia observacional que construyen los conductistas es simplemente una ciencia de la conducta sumamente inespecífica, que atañe tanto al hombre como a las demás especies animales.

Ahora bien, ¿cómo se llena este armazón conceptual del conductismo?. Por lo menos en su versión más pura, el conductismo es una ciencia estrictamente observacional. El científico conductista observa el comportamiento en una situación dada y luego establece las generalizaciones del caso. Maneja las variables de la situación y observa cuáles son las conductas resultantes. Lo que sale de esto es lo que se conoce como el modelo de la *caja negra*: ante un estímulo al que es sometido un determinado ser viviente, se observa por parte de ese ser viviente determinada respuesta. Este es el modelo de estímulo-respuesta que es prácticamente universal a los modelos conductistas.

¿Qué es lo que sucede para que determinados estímulos provoquen determinadas respuestas? Eso el conductismo no lo puede contestar, ni se preocupa por contestarlo. Lo que hay en el interior del cerebro humano, en la mente humana, o en la mente de cualquier otra especie viviente, es por definición una caja negra. Todo lo que se diga sobre la mente y sobre los procesos mentales, al no ser observable es para los conductistas puramente conjetural y carece de validez científica.

Se puede decir que en psicología han habido desde principios de este siglo, tres generaciones conductistas, lideradas respectivamente por John B. Watson, por Clark Hull y por Burrhus Frederic Skinner. Hay una cadena más o menos continua de teorización, de afinamiento metodológico, de formalización de toda la idea conductista, que se inicia con las ideas de Watson.

Watson es el que fija las dos variantes principales del conductismo. La primera, que se conoce como *conductismo metodológico*, reúne las afirmaciones que estuvimos exponiendo hasta ahora: que no hay diferencia entre el hombre y los animales, que las únicas informaciones válidas son las que se pueden recoger mediante la observación, que al observación ideal, la observación controlada, se da en una situación experimental, por lo común en un laboratorio, que es donde se pueden mani-

pular más limpiamente las variables intervinientes. Watson es también el científico que inventa la experimentación con ratas blancas, que luego se popularizó en otras ciencias (Skinner trabajó más bien con palomas). La otra variante del conductismo, definida por Watson, es la que se conoce como *conductismo radical*, en el sentido de conductismo más extremo. Y esta variante afirma que la conciencia no existe y que los estados mentales son simples apariencias sobre lo que muy poco puede decirse.

Hay que tener en cuenta que el conductismo, que surge a partir de las primeras décadas de este siglo, constituye una reacción contra una forma de psicología que se basaba en una introspección y que tomaba como palabra sante incluso las opiniones del propio psicólogo, en sus propias percepciones y estados mentales. Y el conductismo es también una reacción contra una rama de la psicología que explicaba todo en función de los instintos. Watson dice que el conductismo favorece una concepción de la psicología como rama experimental y objetiva de las ciencias naturales.

Pero el teórico más influyente y el codificador más importante de todo el conductismo es Clark Hull, quien dicho sea de paso es el inventor de las categorías de "necesidades básicas" y "necesidades derivadas" que adoptaría años más tarde el funcionalismo antropológico de Malinowski. Y es posiblemente Hull el conductista que ha tenido mayor influencia sobre la lingüística y la antropología. Hull desarrolla el modelo del estímulo y la respuesta, en la que se basa para construir una teoría del aprendizaje. Aprendizaje concebido en los términos de automatización, de respuestas ante determinados estímulos, organización de conjuntos de respuestas ante conjuntos de estímulos. Es una teoría observacional empirista, que consiste básicamente en una serie de generalizaciones.

Hull es el líder inicial de la escuela de Yale en psicología. Es una escuela que funciona aún hoy en una universidad en la que se pretendió fundar, sobre la psicología conductista toda una ciencia unificada de la conducta. La expresión "ciencias de la conducta", que todavía se utiliza para hacer referencia a las ciencias humanas, tiene su origen en este movimiento. Donde tuvo lugar esta experiencia fue, concretamente, en el Instituto de Relaciones Humanas de la Universidad de Yale (*Human Relations Institute*), luego Area de Relaciones Humanas (*Human Relations Area*). El conductismo simpatizaba además con el empirismo lógico o neopositivismo. Y una de las inquietudes y de los proyectos principales de Hull consistió en un trabajo interdisciplinario donde convergieron antropólogos, psicólogos, lingüistas y semiólogos. Entre los lingüistas el que más nos interesa a nosotros es Leonard Bloomfield entre los antropólogos George Peter Murdock, y entre los semiólogos Charles Morris.

Como resultado de estas confluencias, se proyectaron los principios metodológicos del conductismo hacia la lingüística por un lado y hacia las ciencias sociales por el otro, partiendo de la base de que las conductas lingüísticas eran comportamientos comparables a cualquier otro, eran comportamientos *en general*, y que lo mismo podía decirse de los demás comportamientos sociales. Nada hay en el lenguaje o en la sociedad que no se pudiera examinar como cualquier otro comportamiento observable.

Además de fundar el Instituto de Relaciones Humanas y de establecer el modelo del aprendizaje, Hull logró formalizar la psicología conductista. Formalizar quiere decir expresar una teoría sistemáticamente y en un lenguaje inequívoco. Por lo común las formalizaciones se hacen en términos de una especie de álgebra o de notación simbólica y de un esquema axiomático, o sea un esquema de axiomas, teoremas y demostraciones rigurosamente encadenadas. La axiomatización es el

modo de formalización por excelencia¹. Hull se basó en el método axiomático de Euclides, es decir, en el modelo de axiomatización de la geometría euclidiana, y decidió formular todos los conocimientos sobre el comportamiento humano en términos de postulados de los cuales se derivan corolarios, conclusiones, nuevos teoremas, etc. Algunos lingüistas de orientación conductista hicieron lo mismo a propósito del comportamiento lingüístico. Entre ellos, Bloomfield tuvo una época en que, inspirado por el sistema axiomático de Hull expresó también el conocimiento lingüístico bajo la forma de axiomas, teoremas y corolarios.

La influencia del modelo de Hull en la antropología norteamericana fue enorme. El conductismo es, por otra parte, un movimiento que prácticamente no cuajó fuera de los Estados Unidos. En el mismo instituto donde trabajaba Hull, el antropólogo George Peter Murdock fundó los archivos etnológicos más importantes de que dispuso la antropología durante mucho tiempo, y que se conocen como Archivos del Area de Relaciones Humanas (*Human Relations Area Files*, o HRAF). Es a estos archivos donde todos los antropólogos que buscan datos sobre las distintas culturas pueden normalmente recurrir. Además Murdock fundó una revista que compendia esta tendencia conductista en antropología que es la revista *Ethnology*, que aún hoy sigue saliendo y cuya colección completa se encuentra en la biblioteca del Museo Etnográfico.

Para darles una idea de las fechas, Murdock empieza a trabajar en la Universidad de Yale con Hull a fines de la década del 30. 1938 es el año en que se promueve el primer intento multidisciplinario de unificar las ciencias bajo un esquema conductista. En 1949 es cuando se funda el archivo etnológico de la Universidad de Yale. En 1960, aproximadamente, es cuando empieza a salir la revista *Ethnology*. Y con algunas modificaciones, en antropología se puede decir que este modelo todavía subsiste bajo la forma de la llamada Antropología Transcultural o *Cross-Cultural Anthropology*, el modelo comparativo por excelencia.

La relación entre un modelo de caja negra y un abordaje comparativo es, por así decirlo, una relación natural, que se da como una casi espontánea consecuencia lógica: el modelo de la caja negra es observacional y por lo tanto inductivo²; dentro de la inducción la operación más común es la generalización. En el caso de la antropología transcultural, lo que se compara son las variables dependientes o conductas que se correlacionan con las variables independientes, que son las condiciones de estímulo; la estructura "natural" de los estudios comparativos es, por esta misma razón, de tipo estadístico. Casi toda la antropología que se ocupa de la enculturación, es decir, del "aprendizaje" o "internalización" de las pautas culturales, ha sido en algún momento tributaria del conductismo, el cual es la corriente psicológico que ha hecho mayor hincapié en el estudio del aprendizaje.

No vamos a hacer mención de otros antropólogos que actualmente representan esta línea, pero podríamos destacar por ejemplo un trabajo de Marvin Harris, publicado en 1964 y que no ha sido traducido, y que se llama "*La naturaleza de las cosas culturales*", donde Harris codifica el método de la antropología según criterios rigurosamente observacionales, en un todo de acuerdo con el canon del conductismo. El materialismo cultural de Marvin Harris es una elaboración posterior que

¹ Entiéndase bien que la axiomatización es una modalidad de sistematización científica que no necesariamente tiene que ver con el conductismo. Existen innumerables formulaciones conductistas no axiomatizadas, así como también existen numerosas axiomatizaciones en líneas teóricas que nada tienen que ver con el conductismo.

² La inducción es la operación lógica que va de lo general a lo particular; la deducción, por el contrario, es la operación inversa que subsume un caso particular en una ley general.

se codifica más o menos a mediados de la década del 70, cuyos vínculos con el conductismo son algo más tenues.

Quien prácticamente cierra este capítulo de la evolución del conductismo en psicología es Skinner, un psicólogo que estuvo activo hasta hace unos 10 años. Algunos han dicho que la principal innovación de Skinner ha sido la de cambiar las ratas blancas por palomas, y esto es porque Skinner tenía toda una concepción filosófica del conductismo que no solamente concebía el conductismo como una ciencia observacional sino (y esto es probablemente más peligroso) como una ciencia aplicada. Skinner realizó incluso experimentos de control de conducta en ámbitos sociales relativamente cerrados. Skinner tenía la idea de una sociedad ideal que se podía manipular y tornar en una cosa muy equitativa, muy equilibrada, muy rigurosa y muy racional, recurriendo a lo que se sabía acerca de la conducta. En otras palabras, Skinner fue una especie de utópico, y hasta escribió una utopía llamada *Walden Two*.

Skinner creía, como la mayor parte de los conductistas, que se podía aprender cualquier cosa. Primero que nada, que toda conducta es aprendida, y en segundo lugar toda conducta, toda habilidad, toda disposición es aprendible. Hay una cosa que tiene el conductismo, por más que haya llegado a extremos sumamente discutibles, y es que la caja negra del conductismo es al mismo tiempo lo que en filosofía se llama una "tabula rasa". Esto quiere decir que el hombre nace con un espacio en blanco, con una especie de disposición, de potencialidad, para adquirir cualquier conducta. El conductismo asevera que todos los seres humanos tienen la misma dotación biológica, y la misma tabula rasa; en definitiva, la consecuencia es que todos los seres humanos son iguales.

Por discutible que sea el conductismo hay que cuidarse muy bien de no confundirlo con otra rama experimental de la psicología, que es más bien una *psicología diferencial* (promulgada, por ejemplo, por el polémico E.J. Eysenck), la cual postula que existen diferencias de inteligencia y de capacidades a través de los sexos o a través de las razas. Sean cuales fueren las limitaciones metodológicas y teóricas del conductismo, el conductismo es igualitarista, no solamente a través de los sexos y las razas, sino en última instancia tal vez a través de las especies. Y el hombre no es nada especialmente privilegiado, aunque es un animal que ha demostrado en laboratorio mayores capacidades de aprendizaje que otros. Es simplemente una cuestión de grado, más que de esencias, porque después de todo las esencias no son observables.

Lingüística Conductista: Leonard Bloomfield

Hay que examinar ahora la forma en que incide el conductismo sobre la lingüística. Digamos desde ya que el contexto en el que surge esta inquietud dentro de la lingüística de asimilar el método y los principios del conductismo, tiene mucho que ver en la formulación resultante. Los lingüistas norteamericanos de las décadas del 30 y del 40 se encontraban en una situación muy distinta a la de los lingüistas europeos, por poner un caso. El hecho es que en Estados Unidos existían numerosas tribus indígenas, algunas de ellas reducidas a grupos humanos sumamente pequeños, y que en conjunto hablaban centenares de lenguas y dialectos distintos, en gran medida desconocidos o por lo menos mal estudiados. En algunos casos, los mismos grupos humanos que eran portadores de esas lenguas mal estudiadas, estaban físicamente en trance de desaparición, arrasados por pestes para las que no habían desarrollado defensas o abrumados por valores y posibilidades que su cultura no había tenido tiempo de elaborar. Y donde no se daba esta circunstancia, se daba el hecho de que las lenguas en sí estaban en franco retroceso frente a las lenguas intrusivas de origen europeo, obviamente el inglés primero que nada, el francés en Canadá, el español en el sur de los Estados Unidos.

La urgencia que tenían los lingüistas norteamericanos preocupados por el estudio de las lenguas indígenas, era idear un método para estudiar estas lenguas que estaban desapareciendo; este método debía ser en primer lugar un método homogéneo, que se pudiera imponer a lenguas de muy diversas estructuras. Se buscaba esto, en primer lugar, para que cada monografía lingüística, cada relevamiento, no se transformara en un universo cerrado; para que se pudiera llegar a conclusiones genéricas, a clasificaciones, a un conocimiento un poco más ordenado y también más inteligible. Los lingüistas influenciados por el conductismo sostenían que distintos investigadores basados en los mismos procedimientos, tenían que obtener los mismos resultados cuando estudiaban el mismo fenómeno. Imagínese lo que hubiera sucedido si el método adoptado fuera como el de Sapir, en el que cada expresión significa una constelación no analizada de conceptos nebulosos y en el que los lineamientos operacionales concretos brillan por su ausencia.

En última instancia, se necesitaba también un método que fuera rentable, rápido y efectivo. Y el único método que según estos lingüistas podía garantizar todos estos objetivos y necesidades, era el método conductista. Es decir, un método puramente observacional, no ligado en principio a ninguna teoría, a ninguna concepción a priori acerca del lenguaje, que permitiera por lo menos establecer una descripción pautada, una descripción regular, uniforme.

Esta tendencia conductista que se origina con Bloomfield en la década del 30 y el 40, va a ser conocida también como *lingüística descriptiva*, y se prolongará hasta un día para muchos fatídico de 1957, cuando se la pone duramente en tela de juicio. El que la va a poner en tela de juicio, incidentalmente, es Noam Chomsky, pero eso será tema de otra clase.

Digamos, para sintetizar, que Bloomfield inicia más de dos décadas de vigencia y de desarrollo de una escuela lingüística basada en el conductismo, que es puramente observacional, que se plantea como un método riguroso y que va a tener algunas consecuencias dramáticas en la teoría y la práctica de la lingüística a nivel mundial. Para establecer un pequeño paralelismo entre dos paradojas que señalamos en esta clase, digamos que así como el conductismo es una psicología que prescinde de la mente humana, el descriptivismo lingüístico de raigambre conductista va a ser una tendencia lingüística que va a prescindir del significado.

Bloomfield se basa en algunas premisas del conductismo como la que sostiene que el comportamiento humano es totalmente describable a partir de las situaciones contextuales en las que este comportamiento aparece, es decir, a partir de las condiciones de estímulo. Fíjense ustedes que lo que querían hacer los conductistas es determinar qué respuestas o que comportamientos se manifiestan ante qué estímulos o en qué situaciones contextuales. Lo mismo afirma Bloomfield respecto del comportamiento lingüístico: conociendo suficientemente bien el contexto de las manifestaciones o de los comportamientos verbales, se puede predecir, hasta cierto punto, el tipo de fenómeno de lenguaje que puede llegar a producirse.

Para Bloomfield, todo lo que sea relativo a la mente humana, a los atributos de la mente, a los procesos mentales, no forma parte del modelo lingüístico. Fíjense que esto es prácticamente una inversión de los modelos que estuvimos viendo. Es prácticamente una inversión de la lingüística que se origina en Saussure. Esto se contraponen incluso a toda la escuela boasiana, de fuerte sustrato mentalista. Sin embargo, la lingüística conductista-descriptivista, no abandona el campo de los modelos estructuralistas que van a caracterizar a la lingüística hasta por lo menos 1957. Bloomfield decía que el habla, las manifestaciones del lenguaje se tienen que explicar con referencia a las condiciones externas en que se manifiesta, tiene que prescindir de toda noción relativa a las intenciones, a las creencias, a los sentimientos, por parte del sujeto hablante.

Podríamos decir que lo que proporciona Bloomfield no es un modelo que sirva para definir la lengua como sistema, que era el caso de lo que sucedió en la escuela de Praga, sino más bien un procedimiento para describir los actos lingüísticos tal como son observables al investigador. El conductismo lingüístico de Bloomfield tiene algunas ideas que podríamos decir que son de origen filosófico, respecto al lenguaje. Bloomfield dice que gracias al lenguaje, entre otras cosas, son posibles la organización social y la distribución del trabajo.

Bloomfield lo ejemplifica con una especie de anécdota imaginaria, que no se sabe muy bien si es simplista por razones didácticas o por motivos paródicos: él dice que Jack y Jill van caminando por un camino y de repente Jill, que es la muchacha, siente algunas vibraciones en el estómago (todo en la narración, como se ve, aparece en términos muy observacionales y objetivos); Jill ve una manzana, o mejor dicho la imagen de una manzana penetra en su retina, ella asocia esa imagen que percibe con las vibraciones del estómago, que algunos llamarían "hambre", y le dice a Jack "dame esa manzana". Lo que podría hacer Jill como alternativa es agarrar esa manzana por ella misma, pero el lenguaje le facilita ese desplazamiento; ella delega en Jack el trabajo de alcanzar la manzana, le comunica a Jack el deseo que ella tiene, y con esto genera el germen, la idea, la síntesis, la imagen de lo que son las relaciones humanas, la organización social y la distribución del trabajo.

Entonces, el foco de toda esta corriente lingüística se va a poner en las condiciones observables del acto lingüístico. Pero para Bloomfield existe un problema, y este problema también se ha manifestado en la psicología y antropología conductistas. El problema es que todavía no se conoce demasiado sobre las relaciones entre condiciones y conductas como para poder explicarlas verdaderamente. Lo que se puede hacer por el momento es simplemente describir, en este caso lo que toca describir son los fenómenos del lenguaje. Esto es lo que va a hacer toda esta línea teórica y metodológica de la lingüística que se deriva de Bloomfield: describir, proporcionar un modelo de descripción de la lengua. Hasta ahí se puede llegar. Esta descripción tiene que prescindir de toda consideración de tipo mental y por lo tanto del significado de las palabras, pero aunque en teoría haga referencias al contexto, en lo concreto la lingüística resultante sigue siendo una lingüística de la lengua, en la que se reconoce al fenómeno del lenguaje una estructura sistemática.

Se recordará que Saussure había definido del significado en términos de un concepto, de una imagen mental. Para Bloomfield el significado no interesa. Entonces, ¿cómo se puede verdaderamente describir una lengua, que en la mayoría de los casos va a ser desconocida, prescindiendo del significado? ¿Cómo se van a poder separar las palabras, los elementos del lenguaje, cómo se podrá luego ordenarlos en clases?. Lo que van a desarrollar estos lingüistas va a ser precisamente una metodología para la descripción de las distintas lenguas. Ahora bien, cabría preguntarse cuál es la unidad global, cuál es el conjunto sobre el cual se va a realizar esta descripción. Los lingüistas bloomfieldianos van a partir de la noción de *corpus*, es decir un conjunto representativo de manifestaciones lingüísticas. En el caso que a nosotros nos interesa, es decir en el estudio de las lenguas indígenas norteamericanas, la fase de recolección va a consistir en el registro de una serie de manifestaciones, de elocuciones, o, como dicer en lengua inglesa, de *utterances*, que quiere decir más o menos "palabras proferidas" o "elocuciones", con algunas indicaciones sobre los contextos en que esas elocuciones se manifiestan, y sin ningún tipo de preguntas a los informantes relativas a cuáles son las palabras, o los elementos, o los términos que integran ese corpus. Los informantes, según esta lingüística descriptiva, simplemente suministran el corpus. No tienen nada que decir acerca del corpus, ni de sus elementos, ni de su significado.

Entonces, si se excluye incluso la función del lenguaje, si se excluye la intención del hablante, si se excluye la significación, lo único que queda como para sistematizar ese corpus, para permitir la determinación de regularidades, para identificar las clases de elementos es el contexto. Este contexto lineal serán las cadenas que constituyen las manifestaciones del lenguaje. En base a esas cadenas o comportamientos lingüísticos, se van a identificar los elementos que ocurren más o menos regularmente; en otras palabras, se procurará definir en qué contextos (lingüísticos) ocurren determinadas manifestaciones verbales.

Tomemos por ejemplo una serie de frases:

El perro ladra.
Un perro ladra.
Un perro come.
Un gato maúlla.

Estoy dando ejemplos ostensiblemente elementales, ya hasta podría decirse que tontos, para poder ver qué es lo que buscan ellos. Primero, *clases de sustitución*. Después, *equivalencias contextuales*.

El primer trabajo que realizan con este criterio es el de segmentación, determinar cuáles son las unidades. Si se lo piensa bien, las manifestaciones del lenguaje (en especial en una lengua no conocida) suenan como cadenas ininterrumpidas; lo primero que hay que hacer es segmentar esa cadena en unidades. Los lingüistas descriptivos lo hacen a través de un trabajo comparativo, consistente en fijar una serie de clases, de regularidades, de pautas, que son de tipo contextual o estructural. Definir el *contexto lineal* de una unidad consiste en indicar la serie de unidades que lo preceden y la serie de unidades que la siguen.

Por ejemplo, al elemento *perro* lo puede llegar a preceder *el, algún, un, ningún*, etc. Hay toda una serie de elementos que examinando ese corpus pueden precederlo; y lo mismo con lo que lo sucede. El concepto de contexto o entorno, como también se lo llama, sirve para definir la distribución de una unidad. Y este concepto es muy importante. Así como les dije que esta lingüística se conoce también como lingüística descriptiva, el tipo de análisis se va a llamar *distribucional*. Se estudia la distribución de los elementos, es decir en qué contextos aparecen. Este análisis distribucional será el recurso primario que ha llegado a utilizarse para descifrar escrituras que no se conocen, por ejemplo la escritura del Indo, la de los Cuna de Panamá o la aparente escritura de la isla de Pascua. La distribución entonces es el conjunto de los contextos en que aparecen determinadas unidades en el corpus.

Esos elementos pueden ser de distinto nivel de abstracción. Pueden ser lo que nosotros llamamos palabras, o puede ser una unidad ligeramente menor, y que son los "morfemas". Po ejemplo, un estudio distribucional de un morfema español, nos mostraría que existen en el corpus *perro, perros, gato, gatos*, etc. Es como si hubieran determinados pares de palabras, que nosotros sabemos cuáles son porque somos hablantes nativos de la lengua, que corresponden a lo que llamamos singular y plural, y se caracterizan por incluir o no determinado elemento. Ese elemento es lo que se llama morfema. en este caso se trata del morfema del plural. Un morfema es la mínima unidad de significación, pero para éste análisis no interesa lo que signifique. En castellano los morfemas del plural serían "s", "es" o lo que se llama el elemento vacío \emptyset como en "análisis". Haciendo un análisis distribucional cuidadoso se puede llegar a determinar en qué contextos, en este caso, en qué contextos fonológicos, se presentan uno u otro de esos morfemas, y luego plasmar la generalización co-

rrespondiente. Por ejemplo, para construir el plural en español cuando el morfema anterior termina en vocal, el morfema de plural es "-s", si termina en consonante es "-es", y en ciertos casos bien definidos es "ϕ". Hablamos aquí de "plural", pero en rigor esta categorización semántica no es ni siquiera necesaria: se puede plantear el análisis totalmente en términos de correlaciones contextuales (correlación de "el" con "perro" y de "los" con "perros", etc).

Este sería, muy esquemáticamente, un estudio distribucional en base al concepto de morfema; pero también se pueden estudiar fonemas de esta manera, y hasta palabras o construcciones sintácticas complejas. El distribucionalismo entonces propone un método para descomponer los enunciados del corpus en una serie de unidades que se llaman *constituyentes inmediatos* (C.I.). Los CI son simplemente las unidades observables, y el carácter de "inmediato" depende del nivel de análisis. A partir del corpus yo voy a observar que aparece *perro* en distintos contextos, que aparece *el* en otros contextos, y voy a tomar esa recurrencia como definición de un CI, que va a ser por ejemplo *perro*. A un nivel de análisis más detallado voy a tener por ejemplo los fonemas o los sonidos /p/, /e/, etc. como constituyentes inmediatos, a otro nivel de análisis voy a tener *el perro* como constituyente inmediato, y así sucesivamente.

La descripción completa se entiende como una jerarquía de constituyentes inmediatos. Se va a proceder primero definiendo los constituyentes inmediatos más amplios, después los CI de segundo orden, y así sucesivamente. La unidad menor de este análisis va a ser nuevamente el fonema. Lo notable de todo esto es que se va a llegar a determinaciones bastante precisas y operativas acerca de lo que es un fonema, por ejemplo, estableciéndolo mediante una modalidad semejante a la que vimos a propósito de la determinación acerca del morfema de plural. A partir de estos análisis, se va a poder describir qué es un fonema en términos bastante regulares y precisos.

A partir de estos conceptos ellos van a definir sustitutos, *gato* en lugar de *perro*, *un* en lugar de *el*, *come* en lugar de *ladra*, y así el resto, hasta acabar con todos los elementos del corpus; se van a definir luego clases de sustitutos, que tienen una cierta semejanza con la idea de paradigma que habíamos visto en el modelo de la escuela de Praga, y que son las clases que pueden sustituir o que se asocian con otras en un contexto, en este caso. Podemos decir, desde ya, que *un* y *el* son artículos, *perro* y *gato* son sustantivos, y *come* y *ladra* son verbos; pero los distribucionalistas no hacen eso y se conforman con fijar las clases. Muchos de estos conceptos van a ser utilizados por otras corrientes lingüísticas diferentes que la bloomfieldiana. Es decir, van a formar parte de la lingüística en general, integrando una técnica de análisis del lenguaje que se va a basar en gran medida en todas estas ideas de Bloomfield y los bloomfieldianos, prescindiendo en la mayoría de los casos de todas sus correlaciones ideológicas o de sus conexiones concretas con el ideario del conductismo.

De hecho, esta escuela que se origina en Bloomfield va a ser la más productiva cuantitativamente de todas las tendencias lingüísticas hasta el año fatídico de 1957. Así como Murdock había fundado una de las revistas esenciales de antropología, *Ethnology*, Bloomfield funda la revista esencial de la lingüística, que es *Language*, actualmente una de las revistas de más amplia trayectoria y que recoge trabajos de diversas tendencias dentro de la lingüística. Esta revista se funda en 1924, en plena época conductista radical. Se sigue publicando en la actualidad, y algunas ediciones van a incluir trabajos que resultan esenciales, no sólo para la lingüística, sino para la antropología. Por dar un caso: en 1956, en esta revista, publicada en la universidad de Yale, se van a publicar los trabajos fundacionales de una corriente antropológica que se conoció como antropología cognitiva o etnociencia.

En síntesis, podemos decir que Bloomfield considera el lenguaje como un comportamiento comparable a cualquier otro, y proporciona un método objetivo y replicable que otro investigador también puede poner en marcha para llegar a los mismos resultados. El lenguaje capacita a una persona para coordinarse con otras personas. El funcionamiento de la sociedad humana solo es posible mediante el lenguaje, esta capacidad de exteriorizar sensaciones, de comunicar determinadas nociones, de desplazar la respuesta a los estímulos, etc.

El conductismo lingüístico ha merecido fuertes críticas, y cuando hablemos de Chomsky revisaremos algunas de las más interesantes. Muchas de esas críticas se refieren a las pretensiones de cientificidad de la teoría que concebía al lenguaje como una función de las condiciones de estímulo. Decía Lyons:

"Hay que hacer una verdadera profesión de fe para aceptar que esta teoría, suficiente para explicar enunciados del tipo 'tengo hambre', 'está lloviendo' o 'pásame la sal', sea capaz de dar cuenta de toda la complejidad del comportamiento lingüístico".

Sin embargo, el mismo Lyons incurre en la indelicadeza de considerar el comportamiento lingüístico como tal, lo cual carecería de relevancia fuera de los marcos conductistas. Aunque por cierto no hay pruebas de que otras construcciones verbales, aparte de algunas como las enunciadas, se hallen también bajo la acción de estímulos procedentes del medio, lo cierto es que las metodologías del distribucionalismo tienen bastante poco que ver con las exigencias contextuales del viejo conductismo: del único contexto que se habla es del contexto lingüístico.

A pesar de que podemos decir que en cierta forma algunos postulados filosóficos del conductismo son relativamente simplistas, de hecho todo el proyecto de describir las lenguas indígenas norteamericanas se llevó a cabo de este modo, y -cosa notable- se concluyó. Es decir, el método demostró que hasta cierto punto funcionaba como método de descripción lingüística, lo cual en nuestras ciencias blandas no es un logro despreciable.

Una de las equivocaciones más notorias de todo este marco conductista tiene que ver con el rechazo del significado. ¿Por qué Bloomfield rechaza el significado? El razonamiento en que él explicita por qué lo hace es notoriamente erróneo. El dice que la lingüística tiene que ser absolutamente científica y rigurosa. Se puede estudiar entonces científica y rigurosamente la distribución de los CI, se pueden definir clases distribucionales con igual rigor, pero el significado no se puede estudiar con la misma certidumbre. Algunos constituyentes del lenguaje, por ejemplo, la palabra *sal*, se pueden definir más o menos unívocamente. En este ejemplo, "sal" es definible como "cloruro de sodio". Pero otros términos del lenguaje no admiten una definición estricta, es decir no se puede saber cuáles son sus referentes.

Para poner este razonamiento más en contexto, digamos que un estudio riguroso, un estudio contextual más amplio, permitiría predecir que en presencia de la sustancia conocida como cloruro de sodio puede ser que alguien diga *sal*. Pero no sucede lo mismo con todos los términos. Ningún o muy pocos términos del lenguaje poseen una correlación referencial tan exacta como sería este caso. Por ejemplo, como definir referencialmente términos como *amor* u *odio*. Y también sucede que las denominaciones lingüísticas contradicen las clasificaciones científicas. Bloomfield dice: los caballitos de mar, por ejemplo, no son verdaderamente caballos. Las ballenas, que en algunas lenguas se nombran con alguna palabra que incluye la idea de pez, no son peces científicamente hablando. Todo esto lleva a Bloomfield a decir que el significado no se puede estudiar rigurosamente en términos de sus referencias y por lo tanto se lo debe excluir del estudio del lenguaje. Aparte de eso,

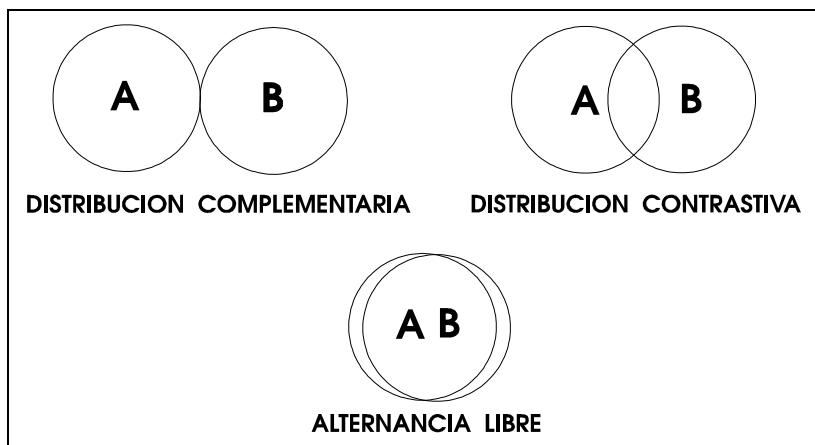
porque el significado corresponde a una esfera relativamente internalizada o no observable de la vida mental.

Lo que en definitiva termina proporcionando esta escuela es una metodología para definir estos constituyentes inmediatos y para clasificar los sonidos, las palabras, los morfemas, etc. La descripción de una lengua, según este criterio, implica establecer cuáles son sus unidades fundamentales en todos los niveles de análisis, cuáles son las clases de esas unidades elementales, y cuáles son las leyes de combinación de las clases y de los elementos. Y una de las cosas que se van a codificar y que van a pasar a otras tendencias de la lingüística, va a ser una clasificación de las distribuciones. Esta tipología distribucional facilitará la tarea de determinar si dos fonemas o dos sonidos son el mismo o son diferentes, sin recurrir al significado.

Por ejemplo: nosotros decimos "bala" y decimos "haber". Las dos "b" son dos sonidos distintos, a comienzo de la palabra es oclusiva [b] y entre vocales no, es más bien [β]. ¿Cómo podemos hacer para saber si esos dos sonidos corresponden al mismo fonema o a fonemas distintos, en términos estrictamente distribucionales y sin hacer referencia al significado? Como veremos, ello no solamente puede hacerse, sino que vale, metodológicamente, para operar el análisis en cualquier lenguaje.

Los distribucionalistas encontraron que distintos sonidos se pueden definir como el mismo fonema cuando tienen similitud fonética por un lado y **distribución complementaria** por el otro, y ya vamos a aclarar estas nociones. Distribución complementaria quiere decir que esos dos sonidos que se están contrastando para ver si pertenecen o no al mismo fonema, pongamos por caso /b/ y [β], no ocurren en los mismos contextos. En este caso se puede determinar que estos sonidos son fonéticamente similares, pero que [b] aparece siempre a principio de palabra y [β] en contexto intervocálico.

Las otras distribuciones que van a reconocer los distribucionalistas son la *distribución contrastiva*, cuando una parte de la distribución es diferente y la otra coincide, y la *alternancia libre*, cuando las entidades pueden o no coincidir.



El concepto de distribución complementaria va a pasar a otras corrientes lingüísticas, que la adoptarán como si no tuviera carga teórica, al punto que hoy en día constituye la pauta para determinar igualdad o diferencias de fonemas (o lo que fuere) en cualquier lengua. Piensen por ejemplo el par [b] y [g]. Podemos determinar que en español no tiene distribución complementaria. Tanto el sonido cerrado de "gato"

como el de "bala", aparecen en la misma distribución (a principio de palabra), y lo mismo para sus complementarios respectivos [β] y [ɣ]; por más que podamos decir que tienen alguna similitud fonética, no tienen distribución complementaria y por lo tanto son fonemas diferentes.

Si trabajáramos conforme a otras teorías lingüísticas, diríamos que trocando [b] por [β] no cambiaríamos es significado aunque la palabra suene rara, pero cambiando [b] por [g] sí. Lo importante aquí es que se puede hacer un análisis fonológico prescindiendo de una clasificación morfológica o sintáctica, y prescindiendo totalmente del significado, en base al análisis puramente distribucional.

El problema con todo esto es que si bien a veces permite llegar a resultados más o menos plausibles, el sistema no es del todo perfecto. Los distribucionalistas, por ejemplo, no se pusieron de acuerdo respecto de cuántos fonemas hay en la lengua inglesa, que se supone tendría que ser sumamente conocida. Algunos dicen que tiene seis fonemas vocálicos otros que tiene nueve (Observemos, sin embargo, que la oscilación es muy pequeña: nadie propone modelos de veinte vocales, y la discrepancia se funda más bien en problemas ineludibles de muestreo y de criterios de distintividad que la hacen desaparecer no bien aquellos siguen la misma pauta y estos coinciden). Todo esto obedece por supuesto a una clasificación sumamente fina, rigurosa de la estructura fonética de estos fonemas, y a un análisis exhaustivo de este sistema fonológico que tiene bastante poca relación con el inglés como lengua escrita. Si bien el método proporciona una aproximación aceptable a una descripción rigurosa de una lengua, que funciona aparentemente bien cuando las lenguas son desconocidas o cuando se trata de un primer acercamiento a una lengua indígena desconocida, no es un esquema ideal.

Al plantearse además como un método descriptivo, el distribucionalismo dejó de lado algunas preocupaciones tradicionales de la lingüística, como fue por ejemplo la preocupación por los universales del lenguaje. Aunque el método proporcionado servía para describir cualquier lenguaje, los métodos comparativos no se desarrollaron al compás de la unificación metodológica y conceptual.

Los universales del lenguaje

¿Cuáles son los universales a los que se puede llegar mediante un análisis de este tipo? Aquí hay que decir que los conductistas, tanto en psicología como en antropología y en lingüística, siempre se opusieron a la especulación, a las generalizaciones filosóficas y a todo lo que se le pueda parecer. Ellos se resignan a trabajar sobre un esquema de laboratorio que otras tendencias, más proclives al vuelo de la imaginación, juzgarían intelectualmente muy pobre. Y sin embargo la caracterización más conocida en lingüística acerca de los universales del lenguaje, vienen de la escuela distribucionalista. Los universales del lenguaje son los elementos o rasgos que tienen todas las lenguas, tratase de la lengua que se trate. La lista típica de universales del lenguaje más conocida que se fabricó en esta escuela es la de Hockett. Es uno de los inventarios de universales del lenguaje que ha logrado mayor aceptación, aunque tiene bastante poco que ver, pensándolo bien, cono todo el ideario y la metodología conductista.

Hockett, autor de un texto de lingüística publicado hace algunos años por EUDEBA, fue uno de los miembros principales de la escuela descriptivista o distribucionalista americana, que con el tiempo se conoció como la escuela Post-bloomfieldiana, según el nombre de su fundador. Hockett estableció los universales del lenguaje, en una elaboración sobre lo que vamos a volver en algún momento cuando hagamos referencia a otros sistemas de signos más allá del lenguaje, en la parte del programa que se ocupa de la semiótica. Los rasgos definidos por Hockett como universales del lenguaje, son al mismo tiempo sus rasgos definitorios, los que se supone que diferencian al lenguaje hablado de otros sistemas semióticos, de otros sistemas comunicativos o sistemas de signos.

1) El primero de estos rasgos es el que Hockett llama "*arbitrariedad*" y este concepto se emplea en oposición a la "*iconicidad*". Esto quiere decir que el lenguaje no es icónico, no representa ningún aspecto que sea similar a su propia estructura; o a la inversa, que la estructura del lenguaje no tiene ningún aspecto que se corresponda a la estructura o a la apariencia de lo real. No hay nada en lo real que imponga llamarlo a través del lenguaje de determinada manera. La arbitrariedad de Hockett equivale a lo que Saussure llamaba "*arbitrariedad del signo*".

2) Otro aspecto universal y definitorio es lo que Hockett define como "*dualidad*". En esto coincide Hockett y la escuela norteamericana en general con lo que los europeos llaman "*doble articulación*" del lenguaje. Esto quiere decir que el lenguaje tiene por lo menos dos niveles de organización o dos niveles de análisis; uno que es el de los sonidos o del de los fonemas si se quiere, y otro que es de un orden totalmente diferente y que concierne al significado. Esto implica que a partir de la combinación de elementos que por sí no poseen significado alguno, es posible expresar significados a través del lenguaje.

3) La tercera propiedad es la "*productividad*" o creatividad. Esto significa que una vez que se domina el código de un lenguaje, es posible producir una cantidad infinitamente grande de enunciados. De hecho el lenguaje es absolutamente inagotable en su productividad. Y esto tiene dos caras: quiere decir que por un lado, el hablante es capaz de crear significados o combinaciones de significado que nunca antes se han producido, y que el oyente es capaz de interpretar y comprender enunciados que no ha escuchado anteriormente. A otro nivel de análisis, es posible combinar indefinidamente los elementos gramaticales y semánticos, o los elementos de significación que componen un lenguaje, para articular significados de complejidad indefinida y de significación siempre nueva.

4) La cuarta propiedad es la de "*discreción*". Esto quiere decir que el lenguaje está compuesto por unidades discretas, que los términos que componen el lenguaje, a cualquier nivel de análisis (morfológico, fonológico o sintáctico) poseen límites bien definidos, discretos. En el lenguaje no se da como se podría dar, por ejemplo, en una articulación de orden visual, ninguna arbitrariedad respecto de donde termina un componente y comienza otro. Esto tiene una multitud de consecuencias, como por ejemplo que basta modificar un solo componente discreto de una palabra para alterar su significación. Por ejemplo, *manta* contra *canta*. Observen a su vez como esto se relaciona con otras propiedades del lenguaje. Alterando un solo elemento discreto en una palabra, hemos verificado al mismo tiempo la primera propiedad que habíamos descrito, la propiedad de arbitrariedad. No hay ninguna cercanía significativa entre *manta* y *canta*, a pesar de que fonológicamente pudieran ser similares. También verificamos la doble articulación.

5) La quinta es la "*semanticidad*". La "*semanticidad*" hace referencia a un nexo asociativo, una relación entre los signos del lenguaje y los aspectos del mundo exterior. A partir de esta categoría se pueden plantear una serie de cuestiones como la que concierne a la propiedad o impropiiedad de llamar lenguaje a un estilo de pintura abstracta, que carece de esta propiedad de significación, de la capacidad (o de la intención) de hacer referencia al mundo externo. Lo mismo podría decirse de la música. Si partimos de esta categoría de la semanticidad para plantear este tipo de cues-

ciones, es porque hoy en día se está poniendo en tela de juicio la legitimidad misma de una ciencia de los signos, de los lenguajes o de los modos de comunicación en general³.

6) La sexta característica del lenguaje vendría a ser la propiedad de "*desplazamiento*". Esto tiene alguna relación con la propiedad anterior. Se refiere a la capacidad de la lengua para hacer alusión a sucesos y a cosas que se encuentran alejados del tiempo y del lugar de la enunciación, a fenómenos que no están inmediatamente presentes. Esta capacidad de desplazamiento habría de ser, precisamente, la que pondría en aprietos al programa conductista de sistematizar las relaciones entre los enunciados del lenguajes y las características de las condiciones de estímulo.

7) La siguiente es la "*retroacción*" o retroalimentación. Y es una propiedad que hace posible estudiar el proceso de la comunicación verbal como un sistema que se autocontrola o se autocorrije. Esto quiere decir que el hablante al mismo tiempo que habla se escucha y es capaz de controlar su propia actuación, de corregir enunciados y de ir manteniendo un rumbo más o menos prefijado. Existen otros sistemas de comunicación que carecen de esta capacidad. El concepto de retroacción es, según creo, una versión dinámica de la función del lenguaje que Jakobson llamaba "metalingüística".

8) La categoría de "*intercambiabilidad*" implica para Hockett y los que lo siguen la capacidad que tiene todo organismo tanto de emitir mensajes como de recibirlos. A diferencia de otros procesos y otras formas de comunicación que implican un adiestramiento específico, como por ejemplo la ejecución de instrumentos musicales, en principio cualquier persona adulta es capaz tanto de proferir mensajes como de comprenderlos, específicamente en la lengua materna.

9) La "*transmisión cultural*" es la novena propiedad. No cabe duda que el lenguaje se transmite culturalmente. Nadie nace sabiendo, conociendo, dominando, su lenguaje. El lenguaje no se transmite genéticamente. Todo el mundo, incluso los que han propuesto hipótesis innatistas o biologicistas de la capacidad lingüística, reconocen que el lenguaje debe ser aprendido. En las próximas clases, sin embargo, vamos a hacer alusión a una teoría innatista, que es probablemente la teoría lingüística más importante de la segunda mitad de siglo, que es la gramática generativa transformacional de Chomsky.

10) La décima característica es la de "*aprendibilidad*". Y esto es al mismo tiempo una característica que tiene ciertas limitaciones específicas. Hockett dice que cualquier ser humano, de cualquier raza y de cualquier cultura, puede aprender cualquier lengua durante su infancia, y esto parece ser determinante. En condiciones normales, la lengua materna, es decir la primera lengua que se aprende, conserva, casi siempre una situación lingüística central. Todo aprendizaje posterior se realiza con referencia a la lengua materna; y parece ser que existe una tendencia general a que las sucesivas lenguas que se van aprendiendo nunca se lleguen a dominar tan bien como la primera. Existen por supuesto numerosas excepciones. Cuando hablemos de sociolingüística, veremos que hay culturas que se articulan en un contexto bilingüe o incluso multilingüe. Hay también casos excepcionales de personas que tienen hasta tres lenguas maternas. Uno de ellos ha sido George Stei-

³ Existen (y es importante que esto se haya manifestado en el interior de la antropología) quienes cuestionan la idea de que exista una ciencia de los signos o de los lenguajes en general. Uno de estos cuestionadores ha sido Dan Sperber, quien observa que tiene tan poco sentido hablar de la comunicación en general como del movimiento "en general", abarcando tanto la conducta motriz de los seres vivos como las leyes gravitacionales y las caídas de los cuerpos. Para Sperber no tiene sentido crear una ciencia específica para estudiar fenómenos tan genéricos y tan difíciles de delimitar de otros que, a su vez, serían no-comunicacionales.

ner, un ensayista muy lúcido que ha reflexionado especialmente en los problemas del lenguaje y de la traducción. Ha escrito un libro muy interesante que se llama *Después de Babel*, en el que plantea por un lado una crítica a Chomsky y por otro una serie de observaciones apasionantes sobre lo que implica cambiar de un código a otro, pensar simultáneamente en tres lenguas diferentes, y de qué manera el pensamiento se ve alterado cuando se realiza en una lengua o en otra.

11) La penúltima de las características es la "reflexividad". Esto es algo fundamental, y probablemente exclusivo y específico del lenguaje hablado. Que el lenguaje sea reflexivo quiere decir que se puede referir a sí mismo. Se puede hablar acerca del lenguaje. Es bastante más difícil y rebuscado que otra forma de expresión haga referencia a sí misma, aunque por supuesto como en todo existen excepciones. Pero en principio se podría decir que el lenguaje es el único sistema semiológico que naturalmente se puede referir a sí mismo.

12) La última característica, que también tiene su importancia, es la de "*prevaricación*". Prevaricar quiere decir mentir. El lenguaje hablado se puede usar, y de hecho se usa a menudo, para mentir o para dar información falsa. Esto pareciera ser una característica que algunos teóricos creen definitoria para circunscribir o diagnosticar que estamos en presencia de un sistema de signos. Umberto Eco dice que un sistema de signos se puede usar para mentir y eso permite definirlo. Todo lo que no permite mentir, por definición no ha de ser un sistema de signos sino que se tratará de otra cosa.

Es importante ir pensando hasta qué punto estas propiedades son definitorias y exclusivas del lenguaje. Sugiero reflexionar sobre la existencia de otras formas de la comunicación humana (gestos, manifestaciones artísticas, música, etc.) que posean en común algo que permita llamarlos lenguaje, y que por ello se gane algo al estudiarlos con los mismos métodos que al lenguaje hablado. Esto es un poco el objetivo que aquí tenemos para reproducir esta enumeración, y se trata de un punto sobre el cual habremos de volver.